

El sembrador esperaba con ansia ese día, mucho tiempo dedicó a la preparación del terreno que ahora sembraría. Necesitó arar varias veces para que la tierra fuera lo suficientemente blanda de manera que al brotar la semilla, su raíz creciera profundamente en la tierra. ¡Cuánto abono tuvo que echar para alimentar la planta que de esa semilla crecería! ¿Y los canales de riego?, antes de sembrar se aseguró de que la tierra siempre estuviera bien irrigada para que la semilla y la planta que de ella naciera nunca se secara. Tanto tiempo de preparación del terreno no sería en vano. Ahora sólo había que echar la semilla y de ella dependería el resto. Pero no todas las semillas que echó el sembrador cayeron en la tierra que con tanto esmero había preparado. Algunas que cayeron junto al camino y entre piedras fueron comidas por las aves, otras al nacer, pronto se marchitaron o fueron ahogadas por los espinos que competían por su supervivencia. ¿Acaso quería el sembrador sembrar donde no había preparado el terreno? No.



no se ha preparado

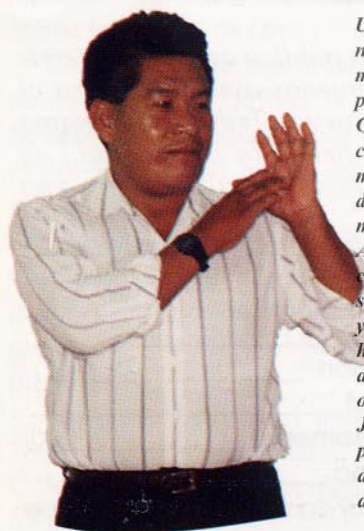
Sembrando donde

Sin lugar a duda, el propósito de cualquier sembrador es sembrar para luego cosechar, y éste era el mismo propósito de nuestro sembrador. Por eso él preparó cuidadosamente el terreno para dar las mejores posibilidades a la semilla de dar una buena cosecha y eso consiguió con la semilla que puso en la tierra preparada. El sabía que sembrando en el camino, entre piedras o entre espinos no lo lograría. El punto principal de lo que el Señor Jesús nos enseña con la Parábola del Sembrador es que una buena semilla crece bien y da una buena cosecha solamente en tierra que ha sido preparada para ello.

Celso, un hermano de la étnia piapoco ha experimentado la parábola del sembrador en su propia vida. Desde su aldea en los llanos del Vichada ha visto como varias veces han llegado “predicadores de la Palabra” que les han visitado por corto tiempo con el sólo deseo de realizar una campaña. Según Celso, “hablan y hablan” por tres o cuatro días, se despiden, y al otro día se van. Predican sin intere-

sarse de si sus oyentes entienden o no. Les dicen que deben recibir al Señor en su corazón pero nunca les enseñan por qué. Después de cada campaña los piapocos quedan vacíos, estancados. Con muchas ganas de saber más pero no hay nadie que pueda enseñarles más sobre la Palabra de Dios, nadie les exhorta, por lo que el indígena vuelve a sus mitos y a su propia idea de Dios que no es acorde con la Palabra. A los seis meses vuelven “los predicadores” con otra campaña, la aldea piapoco vuelve a emocionarse, aceptan todo otra vez, pero la estadía de ellos no dura mucho tiempo, y al final todo vuelve a ser como antes. Nadie recibe un conocimiento a fondo de la Palabra, nadie conoce al verdadero Dios Creador, Santo y Justo. No se les dice que hacen mal por tener la raíz del mal en ellos mismos. Sólo les dicen que si aceptan al Señor y se bautizan serán salvos. Celso como los demás de su aldea no había entendido el evangelio. No pudo valorar el sacrificio de Cristo en completa propiciación por sus pecados, estuvo de campaña en campaña, pero ¡nunca fue salvo!

De esta manera, muchos grupos piapocos y de otras tribus son “evangelizados”. Las tribus indígenas no pueden ser evangelizadas a corto plazo, el Señor no ha llamado a su iglesia a rociar el evangelio, El ha llamado a su iglesia a hacer discípulos y para esto se requiere dedicar tiempo para aquellos que queremos evangelizar. Antes de dar las buenas noticias de salvación la persona debe entender por qué necesita al Salvador, debe comparar la santidad de Dios con su propia pecaminosidad para entonces reconocer que no hay nada que pueda hacer por sus propios méritos para alcanzar su aceptación ante El. Sólo entonces el terreno del corazón humano estará preparado para recibir la semilla del evangelio. Sin entender eso, su corazón estará duro, con piedras y espinos y el Señor nos recuerda no sembrar “entre espinos” (Jeremías 4:3).



Un grupo de 20 piapocos han sido entrenados en enseñar la Palabra con fundamentos firmes que preparen al oyente para entender el evangelio. Pablo Gaitán, un creyente piapoco, enseña la crucifixión del Señor Jesús en sus últimas lecciones, después de haber preparado a sus oyentes por tres semanas, de manera intensiva, enseñando desde el Antiguo Testamento la naturaleza, carácter y atributos de Dios; Su posición soberana como Dios Creador, Legislador y Juez del hombre; la naturaleza del hombre luego de su caída, su condición de condenación ante un Dios Santo; y la obra salvadora suficiente del Señor Jesús en favor suyo. Ahora sus oyentes pueden valorar la obra de Cristo luego de considerar todo lo hasta ahora aprendido en la Palabra.